

ALFONSO ZAWADZKY

PRESBITERO

De la Academia Nacional de Historia y
del Centro Valenciano de Historia.

*La Batalla
de Pichincha*

1822-1922

LINOTIPO DE "RELATOR"—CALI

CONFERENCIA

*leída en la sesión solemne de
la Sociedad Rivera-Garrido
de Buga, celebrada el 24 de
mayo de 1922.*

La Batalla de Pichincha

A las sombras de la noche del 7 de abril de 1822, tras recia, sangrienta y despiadada lucha de impávidos contendores, se decidió la memorable Batalla de Bomboná o Cariaco, hecho de armas que desde el punto de la técnica militar pudo merecer censura por los críticos, pero que como demostración de corajudo y fervido amor a la causa de una libertad política, constituye una gloria del derecho y fue un coeficiente decisivo para la realización del vasto plan militar del Gran Libertador que desde Carabobo traía en gestación el ideal que nació erguido en Ayacucho.

La situación de las armas de don Basilio García, pasada la sangrienta acción, no era halagadora, y si él como hábil estratega quiso envolver a Bolívar, éste con su genial mirada ya se había orientado para no caer en la emboscada; supo pisar en firme y también hizo comprender al bravo jefe español, la preparación insurgente, hasta conducirlo a la memorable capitulación de Pasto. La acción de Cariaco tuvo como inmediato resultado la interceptación de comunicaciones con las fuerzas realistas que combatían al otro lado del Galeras y el Chimborazo, situación que embarazó los planes de don Basilio, y si bien Sucre ignoraba lo acaecido a Bolívar, y éste no conocía el movimiento de las milicias de aquí, todo contribuyó eficaz y oportunamente a llevar la causa americana al punto certero de la derrota de la bandera española.

Vamos en esta desgarrada conferencia a exponer algo de la Batalla de Pichincha. Estos temas tan manoseados y tan sabidos de memoria, ofrecen al expositor la insuperable dificultad de lo añejo, diríase, de poder decir eso sabido de todos en

un lenguaje de formas remozadas, no en cuanto a la factura literaria, sino en lo tocante a documentos de crítica histórica no conocidos.

I

Para no seguir el viejo camino trillado de relatos, os presento el estudio de la Batalla de Pichincha, no en la desnuda relación del movimiento de las tropas contendoras, de las intenciones de flaqueo y de los nombres de los caídos al pie de las trincheras.

Volvamos a abrir las olvidadas páginas de la geografía, para recordar la cimera atrevida y desafiadora del volcán cuyo nombre bautizó la famosa jornada que glorificó la espada del ínclito Sucre. Luégo echemos una mirada rápida a los soldados que pelearon el 7 de abril en Cariaco, para después ocuparnos en contemplar la calda del pabellón peninsular en el fuerte del Panecillo, inmediato a Quito, en tanto que con soberanas irradiaciones libertadoras se mecía en suaves ondulaciones en la cumbre del Pichincha la bandera inmortalizadora de la redención de América, pues como apuntan las memorias de López: "Los ecuatorianos no podrán olvidar jamás que en esa cumbre inmortal... tres mil bravos del Perú y Colombia destrozaron para siempre las cadenas que los oprimían, reconstituyendo su patria y restituyéndoles el goce de su libertad perdida hacia tres siglos".

Las conferencias de esta índole en el método moderno de la monografía, ofrecen en suma estimación los documentos de carácter íntimo. No os hago relaciones concatenadas, como si tratara de estudios de carácter militar, pues solamente me he propuesto, para no hacer monótona esta consagración a la glo-

riosa fecha, cuyo primer centenario celebramos, citaros algunos pasajes de cartas y documentos relacionados con el hecho central en cuya formación para la historia tuvieron parte con el Mariscal de Ayacucho, porque rindieron sus vidas en la lidia, Juan José Escalante, natural de Yarumal, coronel, el teniente bogotano José Ibarra, su paisano el subteniente Miguel Mendoza con su consanguíneo Gabriel Mendoza, el teniente Leonardo Molina, de Cartago, el teniente Fernando Molina, de Apicalá, el teniente José María Paiva, de Ubaté, el capitán y rumaleño Fernando Soto, el sargento Siervo Támara, de Natagaima, el bravo cucencano, teniente Abdón Calderón, cuyo valor adelante os contaré, y los grupos capitanes Cabal, Castro y Alzuru con los subtenientes Borrero y Arango, con otros ciento setenta y cinco más, creadores de una epopeya, plasmadores con su sangre de una Patria.

El monte volcánico Pichincha está situado al Oeste de Quito; en su formación entran varios cerros alineados de surcosse a noroeste, de los cuales hay dos muy célebres:

a) Guagua-Pichincha, especie de cono truncado que tiene en la cimera más alta de su cráter cuatro mil setecientos ochenta y siete metros de elevación y setecientos setenta metros de profundidad al cráter; y

b) Rucu-Pichincha, situado al norte del anterior, que tiene cuatro mil setecientos treinta y siete metros de altura; es un volcán extinguido completamente. Entre estos dos colosos andinos hay como interlineados algunos otros varios cerros, tales como el Paguamayo, el Padre-Encantado y el Ladrillos, de cuatro mil quinientos y cuatro mil seiscientos metros de altura. Con una elevación de cuatro mil noventa metros, al noreste del cerro Rucu-Pichincha se yergue el Cunturguanchana.

La base de estos cerros es el macizo común de la Cordillera. A la perspectiva el volcán enorme de Pichincha se presenta como a la manera de un jomo ancho, surcado por quebradas que tienen diferentes y caprichosas asiribaciones.

La historia de este famoso volcán, o la conjugación de su pretérito, es memorable por sus erupciones. Se recuerda una copiosa del 17 y 18 de octubre de 1566; otra el 16 de noviembre del mismo año, y otras dos de 8 de septiembre de 1575 y 14 de julio de 1582. El Pichincha quedóse como dormido hasta el 27 de octubre de 1660, fecha de la más espantosa y aterradora erupción, pues ni las anteriores, ni la última, en 1831, llegaron a las proporciones de aquella, considerada como una verdadera catástrofe.

El cráter del Pichincha, según dicen los que saben de la materia, se halla en el estado de sofía; tiene exhalaciones acuosas y en las erupciones ha arrojado ceniza, lava, arena, piedra pómez y andesita.

El primer explorador europeo del Pichincha, después de la erupción de 1582, fue Toribio de Ortiguera, a quien imitó en 1802, el sabio Humboldt. Por vez primera llegaron a bajar al profundo cráter en 1815, Wisse y García Moreno, y en 1870 los doctores Reiss y Stübel.

En las escarpas y sinuosidades de este volcán, en sus replegadas faldas y en sus contornos, se desarrolló la batalla del 24 de mayo de 1822, que abrió el camino para la campaña del Perú.

La Provincia de Pichincha, cuya capital es Quito, está situada a la parte septentrional de la República del Ecuador y entre las provincias de Imbabura y Esmeraldas; se extiende entre la hoya interandina de Quito, es montañosa, con pocas llanuras. Por el oeste se prolonga hasta la confluencia del río Peripa con el Doule.

Hecha esta necesaria descripción de la topografía de Pichincha, en los aspectos que dan realce a nuestro intento, volvamos hacia el lado de acá del volcán Galeras, para saludar a los brvos sobrevivientes de Cariacó, unidades definidoras del éxito de Sucre y de la capitulación de Pasto, el 8 de junio de 1822.

II

Destrozadas las tropas insurgentes de manera tan sangrienta y trágica en Cariaco, el Libertador vióse en la ineludible necesidad de buscar medios de reforzarlas. Desde el campo de operaciones de la hacienda de Bomboná proveyó para que el general Barreto con el coronel Juan Paz del Castillo se pusieran en marcha, debidamente escoltados de un escuadrón de caballería, a causa de los guerrillecos del Patía, hacia Popayán, en busca de tropas de refuerzo ya pedidas y muy esperadas. En el Trapiche (hoy Bolívar), estuvo tomando un tanto de reposo de tan rudas faenas el Libertador; fue allí donde él redactó su famosa intimación de 23 de mayo, a don Basilio García, de la cual fue portador el insigne prócer del clero, Presbítero doctor don Belisario Gómez, como comisionado del Padre de la Patria, intimación que dio por resultado las capitulaciones estipuladas en Berruecos el 6 de junio y ratificadas en Pasto dos días después, cuando ya Bolívar había plantado en la rebelde ciudad su cuartel general, después, como se ha expuesto, de haber repasado las frementes y temidas corrientes del Juanambú. Si don Basilio se mostró como fino estratega en las comunicaciones que envió a Bolívar, éste mostróle una vez más como no daba espera a la consulta con el Presidente don Melchor Aymerich, y como sólo exigía perentoriamente una capitulación decorosa, que aceptó el gallardo jefe español. No hay que olvidar aquellas vibra-

doras frases de la Proclama de Bolívar, desde el cuartel libertador de Berruecos:

¡Soldados españoles! La capitulación que ha terminado vuestros padecimientos, os ofrece dos patrias: Colombia y España. Escoged: si queréis un suelo libre, tranquilo y pródigo, SED COLOMBIANOS; pero si queréis dejar vuestras cenizas en el sepulcro de vuestros padres, la España es libre y debe ser dichosa".

Palabras engendradoras ésas del inmortal caraqueño, surcadas ágiles que abrieron en la formación espiritual de un pueblo de alma ciega, horizontes anchísimos de vida y de amor a la emancipación política democrática, para fundirlo a pesar de su semipasividad resistente, en el crisol del derecho colombiano.

Cuando don Basilio pretendía comunicarse con Quito, ya los sucesos estaban definidos de manera desfavorable para los intereses españoles, pues antes de la capitulación de Berruecos, ratificada en Pasto, ya se había concluido la de Quito y el Presidente Aymerich era prisionero de Sucre.

He bautizado con el sustantivo adjetivado de engendradoras, las postreras frases de la proclama citada del Libertador. Os expongo un comprobante tan simpático como sugestivo y de carácter trascendente que delinea curvas del genio de Bolívar, y sirve de demostrativo para el estudio completo del ideal político de este genio.

El Presbítero don Félix Liñán y Haro se presentó al Libertador, cerca a Pasto, para entregarle unos pliegos del Obispo de Popayán don Salvador Jiménez, en los cuales pedía se le concediera pasaporte para retirarse a España. Eso ocurría momentos antes de la entrada del Libertador en la ciudad. Bien comprendía Bolívar lo que representaba, en aquella delicada emergencia y en un pueblo